

Estados Unidos en transición: Dinámica política y tendencias ideológicas[□]

Jorge Hernández Martínez^{□□}

Introducción

En la anterior edición del Seminario Internacional que anualmente auspicia el Partido del Trabajo, presentamos la ponencia titulada *Los árboles y el bosque. La crisis norteamericana más allá de las elecciones de 2024*. En esta oportunidad, transcurrido un año, retomamos el análisis, profundizando en el examen de la dinámica política y las tendencias ideológicas desplegadas en el período. Se parte de considerar que, aunque Estados Unidos es objeto de atención permanente --dado su lugar y papel como epicentro imperialista en el sistema de relaciones internacionales, con impacto trascendente para los procesos revolucionarios y emancipadores--, el interés en su estudio se acrecienta en contextos de crisis y de elecciones, como los que coincidieron en la contienda presidencial de 2024. Entonces, se conjugaron los efectos perdurables de la crisis de legitimidad que venía gestándose desde los comicios de 2020, cuando la Corte Suprema tuvo que decidir quién ocuparía la Casa Blanca, con la secuela de la la escandalosa reacción del candidato perdedor en los de 2020, al no aceptar la decisión del Colegio Electoral, llamar al desacato y a la violencia, junto a la materialización de tal exhortación en el asalto al Capitolio, que mostró los límites del sistema político bipartidista y quebró el mito de la democracia estadounidense. Con ello se evidenció la crisis de credibilidad y confianza en la sociedad y en el imaginario de la nación.

Si bien es esquemática, es válida la representación según la cual el Partido Republicano fue capturado por el “trumpismo”, convirtiéndose en el hogar partidista de Trump y la corriente ideológica que auspicia. El Partido Demócrata no superaría el desconcierto ni la coherencia interna, dejando de ser, hace tiempo, la caja de resonancia ideológica de la tradición política liberal, definido entre dudas, ambivalencias y tomas de conciencia tardías. La historia reciente muestra que esas características se afianzaron en 2016, con la derrota electoral de ese partido, ante el fracaso de Hilary Clinton en 2016, y que perduraron durante el gobierno de Joseph Biden, ratificando su arraigo en 2024, en contraste con la sobrevivencia y dinamismo del nombrado “trumpismo”, a pesar de los procesos legales que enfrentó, junto a sostenidos cuestionamientos por parte de amplios sectores de la opinión pública.

Los resultados de las elecciones presidenciales de 2024 en Estados Unidos confirmaron la tendencia que se había venido registrando, con altibajos o intermitencias, durante los últimos cuarenta años, expresivas de una transición, apreciable tanto en el pensamiento social como en el ámbito partidista y el de la sociedad civil. En ese país tiene lugar una transición inconclusa --como consecuencia de los efectos acumulados a partir de la citada Revolución Conservadora, gestada con la doble Administración de

[□] **Ponencia para el tema III, Temas de coyuntura. Punto d: La nueva realidad sociopolítica en Estados Unidos.** XXIX Seminario Internacional “Los partidos y la nueva sociedad”, CDMX, 25-27 de septiembre 2025.

^{□*} Investigador cubano del CEHSEU, Universidad de La Habana y profesor del. Departamento de Historia y Relaciones Internacionales de la Universidad del Partido Comunista de Cuba (PCC) “Nico López”.

[□]

Ronald Reagan y la de George H. Bush, sólo superada en apariencia durante el repetido gobierno de William Clinton en los años de 1990--, que se resume en el agotamiento creciente de la tradición política liberal y en el auge de la espiral conservadora y de extremismo de derecha radical, con ribetes fascistas, que se ahonda en el siglo actual durante los dos mandatos de George W. Bush y el de Donald Trump, proyectándose como perspectiva viable en el corto plazo, quizás extendiéndose en el mediano y en el largo.

A lo largo de los seis comicios efectuados en el presente siglo (2004, 2008, 2012, 2016, 2020 y 2024), la referida tendencia ha mantenido su presencia, dejando ver los límites y contradicciones de la ideología política liberal que en buena medida definió al Partido Demócrata y el alcance de concepciones y prácticas que incluso trascienden los marcos del conservadurismo convencional, asociado, aunque no restringido, al Partido Republicano, y asumen connotaciones de un radicalismo de extrema derecha, con manifestaciones emparentadas con el fascismo, cuyos discursos basados en discursos racistas, nativistas, xenofóbicos, que apelan al odio, la violencia, la misoginia, la homofobia, el nacionalismo chauvinista, el exclusivismo religioso evangélico. La comprensión de ese proceso ideológico y del contexto en que tiene lugar se completa si se acude, como recurso analítico, a la memoria y la historia, en el empeño interpretativo dirigido a visualizar la significación de las tendencias que afloran con las elecciones de 2024, reteniendo las circunstancias que rodearon, respectivamente, la elección y la reelección de Reagan en 1980 y 1984.

Viene al caso recordar, siquiera brevemente, aquellos pasajes que muestran el arraigo histórico del pensamiento conservador y la simpatía que ha acompañado, a través del tiempo, a la imagen de liderazgos presidenciales considerados fuertes por la opinión pública y los círculos políticos, de afiliación partidista similar a la de Trump, percibidos como garantes de la preeminencia mundial del país, alimentando mitos y simbologías, como las del Destino Manifiesto y la Ciudad en la Colina.

La presente ponencia no pretende examinar los detalles de la contienda presidencial de 2024, ni evaluar, en rigor, sus resultados, sino valorar a partir de ellos y de sus antecedentes, las tendencias en curso y su significado para el futuro de la sociedad norteamericana, a la luz de la crisis que ha abierto brechas en la legitimidad del sistema político, más allá de las elecciones. Con esta intención, el análisis remite a referencias y contextos previos, con una mirada esencialmente cualitativa y panorámica, siguiendo la conocida metáfora que alerta sobre un riesgo en el que se incurre con cierta frecuencia, limitando o confundiendo la mirada, perdiendo de vista la complejidad y los matices del fenómeno político como un todo, así como su desenvolvimiento a través del tiempo. Así lo abordamos en la ponencia expuesta en el Seminario del año pasado, al puntualizar que «a veces los árboles no nos dejan ver el bosque».

Ese pensamiento contiene la crítica a una práctica que, en ocasiones, dificulta la plena comprensión de los procesos en cualquier área del conocimiento, especialmente cuando se trata de lo social. De ahí que se intente en esta ocasión, sin desconocer los «árboles», --es decir, los hechos específicos, que se suceden a diario, cuya cobertura mediática y las estadísticas detalladas pueden dificultar la interpretación objetiva e histórica--, mirar sobre todo al «bosque», con un lente dialéctico. O sea, visto en sus interrelaciones y en movimiento. De modo que esta ponencia prolonga, actualiza y complementa la presentada en el XXVIII, el pasado año.

Como procesos que tienen lugar cada cuatro años, las elecciones presidenciales en Estados Unidos tienen la virtud --y el defecto-- de sacar a la superficie muchas de las contradicciones que sumergidas se expresan con menos notoriedad en la vida política cotidiana del país, cuando se aleja la contienda electoral y el espectáculo mediático a ella asociada. Su virtud radica en la capacidad de evidenciar sin maquillajes los problemas sociales que inquietan a la población, los intereses de los grupos de poder, las vulnerabilidades y fortalezas de la economía y la política exterior, las amenazas reales o artificiales a la seguridad nacional. Su defecto consiste en la marcada manipulación que recibe la posición de los partidos, sus precandidatos, candidatos y agendas, en medio de tratamientos periodísticos cada vez más sofisticadas y de financiamientos multimillonarios, que restan autenticidad, legitimidad y credibilidad al discurso de las candidaturas que compiten y a las plataformas que promueven, procurando captar simpatía y apoyo popular, movilizar recursos materiales, obtener respaldo de los medios políticos profesionales e influir en las decisiones que lleven a los electores a las urnas.

En Estados Unidos, como sucede en buena parte de la sociedad contemporánea, existe un trasfondo de rechazo y cuestionamiento a la política tradicional: tanto a los partidos, a sus modos de hacer y a la conducta de las figuras que les representan, unido a un notable abstencionismo y desconfianza en las campañas.

El propio funcionamiento bipartidista norteamericano impone que prevalezca en la nación y en todos los estratos de la sociedad los intereses y la voluntad de los principales grupos de poder o élites del país, mientras que los ciudadanos se convierten en meros objetos de uso de las maquinarias políticas de reclutamiento que buscan condicionar y controlar sus votos. La organización de la propaganda electoral es abrumadora, tanto desde el punto de vista de la cantidad de medios de comunicación empleados como del diseño del mensaje con una concepción de mercadeo y en lo cual prima más el dinero disponible que el contenido político y social. Su principal meta es condicionar la atención y la reacción de los votantes en la dirección y hacia los asuntos que interesan a los círculos de poder, además de que su contenido es esencialmente sensacionalista. En vez de centrar el debate alrededor de los temas vitales para la nación y propiciar la unidad de todos los sectores en la tarea de avanzar por el camino correcto, el sistema electoral promueve la confrontación, la desunión y la dispersión de las voluntades. La prensa, en todas sus variantes (televisiva, radial, escrita, digital), presiona a la opinión pública mediante un literal bombardeo de puntos de vista e imágenes, enfatizando a menudo la banalidad, o lo superfluo, lo cual conspira contra un pensamiento propio de la población, independiente y bien informado.

A lo largo de los seis comicios efectuados en el presente siglo (2004, 2008, 2012, 2016, 2020 y 2024), la referida tendencia ha mantenido su presencia, dejando ver los límites y contradicciones de la ideología política liberal que en buena medida definió al Partido Demócrata y el alcance de concepciones y prácticas que incluso trascienden los marcos del conservadurismo convencional, asociado, aunque no restringido, al Partido Republicano, y asumen connotaciones de un radicalismo de extrema derecha, con manifestaciones emparentadas con el fascismo, cuyos discursos basados en discursos racistas, nativistas, xenofóbicos, que apelan al odio, la violencia, la misoginia, la homofobia, el nacionalismo chauvinista, el exclusivismo religioso evangélico.

El proceso ideológico y el contexto en que tendría lugar la coyuntura electoral de 2024 no solo guarda parentesco con otro, desplegado hace cuatro decenios, el de la llamada “Revolución Conservadora”, sino que en él radica la articulación de las tendencias que se afirman desde entonces en el ámbito partidista, la cultura política y la sociedad civil norteamericana, plasmadas en el agotamiento gradual de la tradición liberal acompañante de la democracia representativa burguesa y en el ascenso de una espiral conservadora, entrelazada con un extremismo de derecha radical, que aflora o se sumerge en determinados marcos y períodos. El inicio de ese proceso se enmarca en la dinámica electoral de 1980 y se profundiza en la de 1984. De ahí que su examen conlleve mantiene vigencia y utilidad. Por ello, resulta sugerente, como recurso analítico, acudir a la memoria y la historia, en el empeño interpretativo dirigido a visualizar la significación de las tendencias y perspectivas que afloran con las elecciones de 2024, mirando a las circunstancias que rodearon la reelección de Reagan en 1984. Justamente, hace cuarenta años.

Viene al caso recordar un pasaje que muestra el arraigo del pensamiento conservador y la simpatía que ha acompañado a la imagen de liderazgos presidenciales considerados fuertes, de afiliación partidista similar a la de Trump, alimentando mitos y simbologías, como las del Destino Manifiesto y la Ciudad en la Colina.

En la elección presidencial del 4 de noviembre de 1980, Regan obtuvo 43 millones 203 mil 231 votos populares, equivalentes al 50, 75 % del total de los sufragios emitidos. Su rival, el demócrata James Carter, que procuraba reelegirse, recibió 35 millones 480 mil 115 votos populares, es decir, el 41,01 %. Reagan ganaría en 44 de los 50 estados del país, Carter en apenas 6 y en el Distrito de Columbia, por lo que en el Colegio Electoral Reagan obtuvo 489 electores contra 49 de Carter.

Sin embargo, lo más trascendente en la vida política estadounidense sería que el 6 de noviembre de 1984, en su reelección, Reagan, arrasó al ganar en 49 estados, pasando a la historia, hasta hoy, como el presidente más popular de Estados Unidos. Se registra por muchos análisis realizados desde las ciencias políticas y el periodismo bien informado, que obtuvo, como presidente reelegido, los mejores resultados electorales desde 1936, y que, desde entonces, eso no ha sido superado. De cualquier manera, los resultados conducentes a la nueva victoria de Reagan, estremecieron a la sociedad norteamericana. Los datos arrojan que aquel día asistieron a las urnas 101 millones, 878 mil y 151 votantes, obteniendo Reagan 525 votos electorales, de la totalidad posible de 538 y de los 270 necesarios; y 54 millones 455 mil 472 votos populares. Con ello se trató de una victoria aplastante sobre su contrincante demócrata, Walter Mondale, quién ganó solo su estado natal de Minnesota y el Distrito de Columbia, recibiendo apenas 13 votos electorales y el respaldo de 37 millones 577 mil 352 votantes.

Tales cifras ilustran la significación del proceso aludido. Según ya se comentaba, los estudios especializados afirman que Reagan ganó mayor cantidad de votos que cualquier otro candidato presidencial en la historia de Estados Unidos. En términos de votos electorales, esa fue la segunda elección presidencial más desigual en la historia moderna de Estados Unidos, desde la victoria del candidato demócrata Franklin D. Roosevelt sobre el republicano Alf Landon, en 1936, e igualando la victoria republicana de Richard Nixon sobre la figura demócrata de George McGovern en 1972.

La importancia de esta apelación a la historia y la memoria toma en cuenta la

significación de Reagan como exponente de la resonancia que alcanzó el amplio movimiento conservador en Estados Unidos en el decenio de 1980, lo cual se explica a partir de las crisis múltiples que se conjugaron en la década precedente. Sus efectos conformarían un entramado que posibilitó --como reacción ante los problemas que se acumularon en el país, así como frente a la imagen de debilidad del gobierno demócrata de James Carter y de la opción ideológica liberal que representaba--, el florecimiento de propuestas conservadoras de diverso signo, articuladas en una coherente coalición, que halló en Reagan el liderazgo que se necesitaba.

Es esa la circunstancia en la que arriba a la Casa Blanca, al presentarse como el salvador de la nación. Desde su primer período de gobierno, utilizó la consigna “América First” o “Estados Unidos primero”, popularizada por Trump mucho más tarde, atribuyéndosele su paternidad, que en realidad se originó en los años de 1920, manipulada incluso por el Ku-Klux-Klan, y refiriéndose además a lo imperioso de “Make America Great Again”, es decir, de recuperar la grandeza de la nación, lo cual distinguiría también a Trump, como su otra frase preferida.

De ahí que la referencia a Reagan y a la “Revolución Conservadora” que impulsó, calificada por algunos como “la era de Reagan”, contribuya a entender mejor la dinámica con la que Trump dio lugar al ‘trumpismo’ o a la llamada “era Trump”, ofreciendo alternativas neoliberales, proponiendo la reducción del Estado, favoreciendo procesos de privatización, priorizando las “fuerzas ciegas” del libre mercado y una competencia feroz, apostando a la supremacía blanca y a la superación de la crisis de hegemonía de Estados Unidos, disputada hace 40 años con la Unión Soviética y el campo socialista y hoy con China y Rusia.

La reelección de Reagan representó la consolidación de la política de fuerza que venía desplegando desde que resultó triunfador en los comicios de 1980 y tomó posesión en enero de 1981, quebrando la línea que caracterizó la presidencia de Carter, visualizada como débil y fracasada, dentro y fuera de Estados Unidos, tanto al nivel de la opinión pública como de no pocos gobiernos de otros países, argumentándose su torpe manejo de la situación económica, sus tropiezos en la esfera internacional y la inconsecuencia de sus proyecciones ideológicas.

Habría que destacar que el período en que le tocó gobernar a Carter, desde 1977 hasta 1980, el entorno mundial era sumamente complicado. Se había desatado la crisis más profunda desde la “Gran Depresión”, en los años de 1930, con graves implicaciones para la sociedad norteamericana, apareciendo un fenómeno económico novedoso, que combinaba por primera vez una coyuntura inflacionaria con el estancamiento productivo, a lo cual se le llamó “estanflación”. La derrota de Estados Unidos en Vietnam, por otro lado, tuvo un gran impacto psicológico e ideológico en la población, conllevando la perfilación de lo que se conoció como “Síndrome de Vietnam”, lo que extendió a escala nacional una sensación de frustración, pesimismo y desencanto, ante la constatación de que la poderosa nación norteamericana se había debilitado en el terreno militar, perdiendo prestigio ante el mundo.

El “escándalo Watergate” removió las bases del sistema político de Estados Unidos, propiciando una crisis de credibilidad que se enlazaría con los reveses en el ejercicio de la política exterior. Entre éstos, la victoria de la Revolución Sandinista en Nicaragua y los procesos descolonizadores en África, afectaron también al imaginario de la sociedad

estadounidense, configurando todo ello el cuadro de crisis general ante el cual aparece la opción conservadora como una salida. Ahí están los antecedentes de la inflexión ideológica que se advierte y afirma progresivamente, no de modo lineal, sino entre paréntesis que se colocan en periodos como, por ejemplo, los de los gobiernos demócratas de Clinton y Obama.

De manera que, con el riesgo de la reiteración, es en el fértil terreno de finales de la década de 1970 y comienzos de la siguiente donde aflora un proceso que (como rechazo de lo que se consideraba como excesos de las concepciones y políticas liberales, y portador de propuestas que restablecerían el orden tradicional y superarían las debilidades de los gobiernos demócratas que las habían auspiciado), reactiva las tendencias y organizaciones de derecha. El movimiento resultante es el que apoya la nominación de Ronald Reagan en las elecciones de 1980 e impulsa en esa década la “Revolución Conservadora”, en un esfuerzo por devolverle a la nación la autoestima, por recuperar la imagen de Estados Unidos ante el mundo y reparar las grietas en su sistema de dominación. La continuidad de este proceso se evidencia --más allá del intermedio histórico que coloca la repetida Administración Clinton--, en el resurgimiento de la opción conservadora, con el doble período de gobierno de George W. Bush, y en una reedición no idéntica, pero con similar endurecimiento, con Trump, cuya presencia en la vida política y en la cultura norteamericana no abandona la escena con su salida de la presidencia en 2020.

El desarrollo de las primarias durante los primeros meses y de las convenciones partidistas a mediados de 2024, sumado al resultado final del mes de noviembre, pondrían de manifiesto con perfiles más acentuados, como ha ocurrido en situaciones similares en anteriores etapas de la historia norteamericana reciente, la crisis que vive el país desde hace ya más de cuatro décadas y que se ha hecho visible de modo sostenido, con ciertas intermitencias, más allá de las propias coyunturas electorales, en las que ganan notoriedad.

De ahí que la crisis norteamericana se siga manifestando cual transición inconclusa entre el viejo proyecto de nación, agotado cuarenta años atrás, y su sucesor, que no acaba de cristalizar con ninguno de los presidentes que han ocupado la Casa Blanca en los últimos cuarenta años. Podría afirmarse que ese es el gran drama político y cultural que vive Estados Unidos desde entonces, configurando una crisis que no se restringe a una u otra dimensión, sino que se trata de una conmoción integral, que es transversal, cuyas expresiones actuales, no son totalmente novedosas ni sorprendentes.

Con antecedentes que remontan, según ya se ha señalado, al decenio de 1980, esa brecha se reafirma desde que comenzó el siglo XXI. En ese marco, los partidos dejan de proponer proyectos nacionales, con sentido de largo plazo y de viabilidad, con visión de futuro. Bajo grandilocuentes formulaciones discursivas, a manera de cosmovisiones demagógicas, alientan las conciencias y provocan los aplausos. Se proponen programas políticos que pretenden llevarse a cabo durante el período de gobierno correspondiente, cuyas acciones con frecuencia no se integran en acciones concretas, articuladas entre sí, tributando a un proyecto mayor viable, definido con una vocación de trascendencia histórica.

La carga retórica se ha convertido en lo esencial. Las frases son el eje movilizador del proceso electoral norteamericano. Obama resumió con los lemas de “Cambio” y luego,

con “Seguir Adelante”, apuntando a la superación de la agotada etapa de W. Bush. Trump prometió “Recuperar la grandeza de la Estados Unidos”. Biden hablaría de “reconstruir el alma de la nación”. Kamala Harris prometió ser “una presidente para todos los “estadounidenses”, “no volver atrás”, “crear una vía para los ciudadanos”, y pidió que “le dejen escribir el siguiente gran capítulo de la mayor historia jamás contada”. Trump, desde que aceptó la nominación por parte del partido republicano, expresó que buscaba “la presidencia por todo Estados Unidos, no por la mitad del país, porque ganar para la mitad de Estados Unidos no es una victoria”, y enlazó sus dos llamados de la anterior campaña, al llamar “a una política exterior que tenga la consigna Estados Unidos primero”. Lo que demuestra la historia es que existe una gran distancia entre las promesas que se hacen durante las campañas presidenciales y la ejecutoria una vez que se ganó la elección. Dichos y hechos muy alejados.

En términos generales, Estados Unidos vive, con independencia de recuperaciones cíclicas o pasajeras, en medio de engranajes fallidos y resquebrajados, ya que la crisis es estructural, de naturaleza sistémica u orgánica. Por eso, la posibilidad de superarla no depende de los resultados de los procesos electorales que han tenido lugar allí al finalizar el siglo XX ni durante lo transcurrido en el XXI. Mucho menos se definirán soluciones a la referida crisis de legitimidad con las elecciones de 2024. La declinación que experimenta Estados Unidos es sostenida y creciente. El sistema se encuentra en descomposición y decadencia. Sus límites fueron claros ante la incapacidad para enfrentar la pandemia de la COVID-19.

Las políticas que aplique una u otra Administración, demócrata o republicana, con el estilo personal que le imponga uno u otro liderazgo presidencial, pueden, desde luego, introducir cambios en la relación entre Estado y sociedad civil, Estado y mercado, economía, el clima social, el entramado legal, el presupuesto federal, la concepción de la seguridad nacional, la protección fronteriza, el tratamiento de la cuestión migratoria, energética o la política exterior y tomar decisiones ante temas muy específicos de las agendas partidistas. Ello repercute tanto en el consenso interno como en la articulación internacional con los aliados y adversarios y en el seno de instituciones multilaterales. El declive se puede amortiguar, pero no es posible impedir su marcha.

A primera vista, se revela hoy que las presidenciales en Estados Unidos fueron, esta vez, decisivas --definitorias quizás-- para el rumbo futuro del sistema político y, consecuentemente, para las correlaciones que prevalecerán en el porvenir del sistema internacional. Con Trump, pareciera que el alcance de la democracia norteamericana, tal como se expuesto y difundido, queda clausurada. O, dicho de otro modo, revela su verdadero rostro, enmascarado con un mito que se hiciera universal.

El movimiento conservador norteamericano, cuyo desarrollo se hizo notablemente visible en las elecciones de 2000, se contrajo comparativamente luego de las de 2008 y 2012, resurgiendo con fuerza al comenzar la campaña siguiente, en 2016, alimentado por el resentimiento de una rencorosa clase media empobrecida y por la beligerancia de sectores políticos que se apartan de las posturas tradicionales del partido republicano, rompe los moldes establecidos, evoca un nacionalismo chauvinista, populista, acompañado de reacciones casi fanáticas de intolerancia xenófoba, racista, misógina.

Reflejaba la frustración del sector de hombres blancos adultos, de áreas rurales y suburbanas, acumulada desde 1960, a partir de hechos como la emancipación de la

mujer, la lucha por los derechos civiles, las leyes para la igualdad social, el dinamismo del movimiento de la población negra y latina, de homosexuales y defensores del medio ambiente y de la paz, por considerar que le han ido restando poder y derechos, así como robando sus espacios de expresión, maltratado por la última revolución tecnológica, la proyección externa de libre comercio y la crisis económica. La presentación que hizo Trump entonces sobre las preocupaciones de ese sector venía muy bien a la estructura ideológica, al imaginario de trabajadores y de clase media, de bajos ingresos y menor nivel de educación, a quienes persuadió de que los extranjeros y los inmigrantes les estaban “robando” el país, y de que sus dificultades económicas tenían que ver con los tratados de libre comercio.

Ese discurso lo hizo suyo en 2020 y lo ha mantenido en 2024, con sus expresiones fanáticas de nativismo, xenofobia, espíritu antiinmigrante, intolerancia, excentricismo e incitación a la violencia contra los presuntos enemigos del país, encontrando eco en una serie de agrupamientos --que comparten el racismo, el rechazo a los inmigrantes, en especial los de origen latinoamericano y del mundo musulmán, a los homosexuales y a aquellos intelectuales y políticos que justifican el multiculturalismo--, como los neonazis y neo confederados, entre otros grupos de odio, que comparten la creencia en la superioridad de la raza blanca, cuya identidad debe ser preservada, junto a la cristiana y occidental, intrínsecas a ella.

A partir de esas posiciones, tales exponentes del supremacismo blanco, junto a otras vertientes del pensamiento político norteamericano --como la inspirada en el nacionalismo radical decimonónico de Andrew Jackson, generador del miedo y odio hacia “el otro” o lo diferente, se sintieron reconocidos en la retórica “trumpista” desde la campaña en 2016, nutriendo la base de apoyo ideológico y político al presidente fuera de las filas republicanas, encarnados en variados grupos de odio, pero con muchos vasos comunicantes con sus segmentos más extremistas, movilizándose alrededor de la pretensión de Trump de no permitir que le “robasen” las elecciones de 2020, de permanecer en la Casa Blanca y sintiéndose convocados al asalto al Capitolio. Los acontecimientos con que finaliza la Administración Trump y las contradicciones que afloran en el desenlace de dichas elecciones, reflejan la presencia de un extremismo político que trasciende las ideas y se expresa en conductas de violencia y nihilismo.

El resultado de la contienda presidencial de 2020 debe entenderse en su doble dimensión. Lo que sucedió y lo que no, la victoria demócrata y la derrota republicana, reteniendo el carácter complejo y contradictorio del sistema y los procesos políticos en los Estados Unidos, las interacciones entre las partes y el todo, entre los elementos objetivos y subjetivos, el liderazgo individual y las estructuras colectivas, los gobiernos pasajeros (las Administraciones) y el gobierno permanente (el Estado).

Como referencia contextual, no estaría de más recordar que las elecciones de 2016 evidenciaron que la participación popular fue extraordinariamente baja, alcanzando el abstencionismo un altísimo nivel, contrastando ello con todo lo contrario en 2020, al registrarse la más alta participación en esa votación durante casi un siglo. Ese dato no aporta una medición definitiva para la caracterización de la atmósfera subjetiva en la que se establecería el gobierno de Biden, pero es un indicio visible del grado en que la apatía, la rutina y la motivación, conforman el imaginario social o el estado de la conciencia colectiva, propiciando oportunidades y límites a su gestión, que sería ambigua, tildada de debilidad e inconsecuencia, y criticada sobre todo a partir de la

imagen de vejez que le acompañaba y de la manipulación que de ello hizo la oposición republicana.

Como trasfondo de la vida política en Estados Unidos, se manifiesta la transformación ideológica y la dinámica política que caracteriza al tiempo de transición que vive la sociedad norteamericana durante el auge del fenómeno que encarnó Trump desde su presidencia, que sobrevive hasta el presente, al asomar con más fuerza que en anteriores momentos la crisis del liberalismo tradicional, cuya máxima expresión se registraría con el escandaloso e inédito proceso de abandono de la presidencia, ignorando la filosofía político-jurídica o el fundamento constitucional, cuestionar al Colegio Electoral y exhortar a la violencia.

Lo que se ha expuesto pretende, como se indicaba al inicio, propiciar una mirada que no se limite a describir la secuela de los resultados electorales, a seguir la al detalle la composición del gabinete y demás nombramientos del nuevo gobierno, ni a trazar un pronóstico basado en la Plataforma del Partido Republicano, aprobada en su Convención Nacional, promesas o declaraciones de Trump durante la campaña. o en el discurso de toma de posesión que pronunciará lugar en enero de 2025. Todo ello, desde luego, es un importante insumo para el análisis, pero el propósito de este trabajo ha sido el de aportar, más bien reflexiones, interpretaciones e hipótesis sobre el proceso político norteamericano, visto en su conjunto, atendiendo a las tendencias relativamente recientes, recientes o en curso, y sobre esa base, compartir ideas sobre las perspectivas.

No se deben desconocer, en este esfuerzo, las pautas definitorias del tejido social, político, cultural e ideológico de Estados Unidos. De ahí la conveniencia de reiterar la perspectiva analítica de partida. Es decir, mirar los «árboles», pero no perder de vista al «bosque». En la sociedad norteamericana sobresalen, esas tendencias estimuladoras de prejuicios, temores y odios, como las que surgieron contra los musulmanes e inmigrantes latinoamericanos, bajo la bandera de la lucha contra todo lo que se considere antinorteamericano, al calor de la Guerra Global contra el Terrorismo, como reacción a los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001. Las mismas no son patrimonio del Partido Republicano, sino que se expanden a través de cajas de resonancia en la cultura cívica y política, como han sido y son, en unos períodos con más fuerza que en otros, entidades institucionales e ideológicas variadas, expresivas de extremismo derechista, con reavivamiento de viejas conductas colectivas, grupos de odio incluidos. Neonazis, exponentes de la llamada Derecha Alternativa, émulos del viejo Ku-Klux-Klan, partidarios de la Asociación Nacional del Rifle, de la Sociedad John Birch y otros reductos del extremismo de derecha radical, que desborda el conservadurismo tradicional y procura implantar una era de violencia e intolerancia institucionalizada.

Ni el Partido Demócrata ni la corriente ideológica liberal encarnan un proyecto de nación, creíble, convincente y viable, no disponen de una alternativa capaz de movilizar un alineamiento alrededor de agendas y figuras, de atraer bases de apoyo y de ganar espacios a escala del país o de determinados estados, con capacidad de convocatoria nacional. Esta perspectiva, desde luego, es discutible en la teoría y cambiante en la realidad. El Partido Republicano apostó a la herencia y la promesa “trumpista”, a pesar de sus divisiones internas. La nación, una vez más, está muy fragmentada ante el amplio e importante abanico de asuntos. En el ámbito interno, sobresalen asuntos como aborto, comercio, medio ambiente, seguridad nacional, desigualdad, derechos civiles e

inmigración, constituyendo este último el eje de una política de racismo y nativismo recargado, que se expresa dentro y fuera de Estados Unidos. En el externo, se registra un cuadro complejo que incluye la disputa hegemónica con China y Rusia, la alianza conflictual con Europa Occidental, la persistencia de ambivalencias ante la guerra en Ucrania, la postura de compromiso con Israel y el genocidio en Gaza, la guerra comercial promovida por Trump en torno a los aranceles, la hostilidad contra la Revolución Cubana y la Bolivariana.

La política que promueve Trump representa una de las opciones que coexisten y compiten, entre las élites de poder en Estados Unidos, encaminadas a restaurar el poderío hegemónico del imperialismo norteamericano. El “trumpismo” es un proyecto afianzado en el nacionalismo chauvinista, proteccionista, que se opone al modelo neoliberal que ha acompañado a la globalización.

Por último, no es posible omitir en este breve examen panorámico --que, según se ha señalado, si bien se realiza a partir de los resultados de las elecciones de 2024 en Estados Unidos, no pretende diagnosticar ese proceso en su momento actual, aun transcurriendo el primer año de gobierno de la nueva Administración Trump, ni pronosticar sus rumbos, sino que se limita a valorar las tendencias ideológicas internas en curso y las perspectivas generales, tomando nota de las contradicciones que genera ese país a escala mundial. Y es que en ellas se manifiesta la incapacidad del imperialismo norteamericano de solucionar problemas globales, como los concernientes al cambio climático, la pobreza, el desarrollo, la crisis de seguridad humana, alimentaria, energética, ambiental, migratoria, muchos de los cuales crea o estimula con su política exterior. La guerra y las concepciones neofascistas aparecen como constantes que acompañan las prácticas geopolíticas de la dominación norteamericana, cobijadas en las contradicciones inter imperialistas. En la actualidad, esos procesos se expresan en los intentos e intereses por el control de los espacios de poder, que desbordan los ámbitos geográficos, como en el pasado, en términos territoriales, marítimos, aéreos, siderales, y se proyectan hoy en los espacios cibernéticos, virtuales, culturales, simbólicos. Junto a la lucha por los recursos naturales, como el petróleo o el litio, ahora la disputa es también de sentidos, en el campo cultural, mediático e ideológico. Las proyecciones actuales de Estados Unidos, con Trump a la cabeza, se dirigen a lograr la derrota de las fuerzas de izquierda en los procesos electorales, a desalojarlas de los gobiernos cuando se han instalado en ellos y a la destrucción simbólica y política de los principales liderazgos revolucionarios y emancipadores, mediante instrumentos judiciales, legislativos y mediáticos, sin renunciar a los militares. Eso es parte del entramado total, pero escapa al objetivo de esta ponencia. Será abordado en un trabajo ulterior.